

gua y pretendiera el mancebo, esta bella e infortunada sección de nuestro continente en una factoría esclavista.

Siempre tendrá eco en los corazones de los costarricenses y será ejemplar para la juventud la primera proclama del Presidente Mora, fechada el 20 de Noviembre de 1855; en que se reveló su visión profética de los sucesos posteriores. Dice así: Patriotas—La paz, esa paz venturosa que unida a vuestra laboriosa perseverancia ha aumentado tanto nuestro crédito, riqueza y felicidad está pérfidamente amenazada. Una gavilla de advenedizos, escoria de todos los pueblos, condenados por la justicia de la Unión-Americana, no encontrando ya donde hoy están con que saciar su voracidad proyectan invadir a Costa Rica para buscar en nuestras esposas e hijas, en nuestras casas y haciendas, goces a sus feroces pasiones, alimento a su desenfrenada codicia. ¡Alerta pues costarricenses! No interrumpáis vuestras nobles faenas pero preparad vuestras armas. Yo velo por vosotros bien convencido de que en el instante del peligro, apenas retumbe el primer cañonazo de alarma, todos, todos, os reuniréis en torno mío bajo nuestro libre pabellón nacional. Aquí no encontrarán jamás los invasores partido, espías ni traidores. ¡Ay del nacional o extranjero que intentare seducir la inocencia, fomentar discordias o vendernos! Aquí no encontrarán más que hermanos resueltos irrevocablemente a defender la Patria como a la santa madre de todo cuanto aman y a exterminar hasta el último de sus enemigos". Esta proclama escrita en lengua sencilla y cordial podría llamarse el himno de la fraternidad costarricense y el pueblo y el ejército, aquel sufriendo estoicamente privaciones, diezmado por la peste, éste siguiendo con disciplina y bizarría a sus improvisados jefes militares, demostraron que eran dignos de la confianza que ostentaba en ellos en la víspera de la acción, el esclarecido Jefe de la República.

Así pues, a la guerra de 1856 fue Costa Rica en defensa propia. Era su causa fundamental la de que un país libre como éste no quería retroceder al coloniaje ni ser humillado por una falange de aventureros, pero no entró a combatir sólo por sí, sino que lo hizo con una amplia visión de liberar del peligro mortal a Centro América. Los hombres de aquella época dieron una memorable lección de sincero unionismo y consideraron que la suerte de Nicaragua no podía menos que influir en sus propios destinos. Después de todo en los tiempos presentes, nuestra Patria tildada como separatista por los estados vecinos, porque no se mezcla nunca en sus luchas intestinas, ha dado elocuentes pruebas en horas de catástrofes de la naturaleza o brindando hospitalidad amplia al desterrado y haciendo respetar su derecho de asilo, así como en las contadas ocasiones en que consideró en peligro la autonomía del Istmo, de sentimientos fraternales y de bien en-

Paleros

=Envío del autor. Véase la madera alusiva.=

*han salido del alba
con sus palas enormes de levantar la tierra
las llevan al hombro como rifles
son de acero—más precioso que plata—
es el friso de los trabajadores
con sus armas blancas de pelear con la tierra
y los brazos morenos como la gleba*

*en sus palas va la tinta del cielo
cuando no tiran el sol en los ojos
desde los potreros*

tendida solidaridad que Mora y Cañas y sus émulos no hubieran desmentido.

La firme actitud de Costa Rica, su vigorosa acometida en Santa Rosa que fue una revelación de las virtudes militares que atesoraba su ejército bisono alarmaron al jefe de los filibusteros e impulsaron las gestiones iniciadas por nuestro Gobierno para obtener el pacto de alianza y el contingente prometido de los demás estados centroamericanos. Sin embargo y es lo que intentó demostrar, fue la batalla de Rivas, la tenaz resistencia que se hizo después de la sorpresa, pues a juicio de Walker "habrían sido necesarios muchos días para desalojar a los costarricenses de las casas que ocupaban", fue el incendio de los baluartes del enemigo efectuado a pecho descubierto, fue la serenidad de nuestros jefes y el denuedo de la tropa de labriegos que canta nuestro Himno Nacional y a última hora los contingentes de refresco que llamados con acierto, supieron llegar en hora oportuna, fueron todos estos los factores del triunfo que vino a prestigiar de modo excepcional el nombre de Costa Rica.

Por ser sobrado conocida omitiré la relación detallada de esta famosa batalla, pero para confirmar mi punto de vista debo reproducir un párrafo del informe enviado al Presidente Mora por el coronel Bariller quien figuró el 11 de abril como uno de los consejeros del estado mayor. Dice en lenguaje sobrio el militar francés llamado el Zuavo: "Los informes conseguidos después de la victoria tienden a probar que el ejército del llamado General Walker ha sufrido entre muertos y heridos pérdidas superiores a las nuestras. Éste es señor Presidente, un resultado que importa conste después de los inmensos sacrificios que nos fue preciso hacer para arrancar al enemigo una victoria en la que pudo creer durante una hora, así es que tanto en razón de las primeras ventajas de los filibusteros, como de las dificultades vencidas, el combate del 11 de abril hace el mayor honor a las tropas de V. E. siendo uno de aquellos "que aseguran el porvenir de una campaña".

El cuadro de Centroamérica en la fecha de esta primera batalla de Rivas no podía ser más desconsolador. En Guatemala, Carrera había recibido a nuestro Ministro el doctor Toledo con las formas de la cortesía diplomática, pero consideraba que Walker no era un peligro para su gobierno, después que el jefe norteamericano negó

auxilios al General Cabañas para invadir a Honduras y recobrar el poder de que había sido desposeído. El Salvador reconoció y tenía amistad oficial con el gobernante de Nicaragua don Patricio Rivas, que estaba supeditado a Walker. En Honduras, el General Guardiola observaba estrictamente la neutralidad benévola hacia el mismo gobernante del país vecino, movido por el espíritu de partido, puesto que sus adversarios políticos proclamaron en un célebre manifiesto la necesidad de luchar contra los extranjeros que pretendían conquistar a Centroamérica y Nicaragua, en fin, no sólo no era nuestra aliada, sino que una columna de tropas nativas al mando del cubano Machado secundaron en Rivas la vanguardia del coronel Sanders en el osado plan de capturar por sorpresa el cuartel general de los costarricenses.

Supongamos que los sucesos hubieran tomado un curso distinto y que se hubiera perdido una batalla, que toda proporción guardada, tuvo para nosotros el mismo efecto de la del Marne, en la historia del mundo; que el Presidente Mora y su estado mayor hubieran quedado prisioneros y la resistencia del país quebrada al enterarse de las innumerables bajas de sus huestes entre muertos y heridos, así como de las víctimas a millares que hizo la peste del cólera, corolario de la guerra de Nicaragua, que obligó a desbandarse a nuestro ejército victorioso, es indudable que los demás Estados de Centroamérica en esa hipótesis, habrían contemplado de lejos el infortunio y que el jefe de la falange filibustera cuya reputación de militar valeroso y técnico se acrecentaba con la victoria, habría contado con el tiempo necesario para afianzar su poder y para preparar con todos los elementos del éxito la anexión esclavista de Centroamérica, de que nos habla con el calor de arraigada convicción en sus memorias.

El triunfo de Walker en Rivas el 56 habría significado pues la decisión de la campaña contra Costa Rica. Nuestra victoria no trajo como consecuencia inmediata la paz pero al retirarse el jefe enemigo después de la obstinada resistencia de nuestras tropas que quebrantó su acometida, es probable que tuviera algún presentimiento de la capitulación del año siguiente. Esa victoria le dió a los costarricenses la reputación de ser los paladines más esforzados de la causa de la autonomía, decidió a los estados centroamericanos a intervenir desde el mes de mayo en la contienda y cuando para evitar rivalidades se pensó en la unificación de mando fue designado don José Joaquín Mora, hermano del Presidente, como Generalísimo de los ejércitos aliados que lograron derrotar a Walker y expulsarlo de Nicaragua. El incendio del mesón de Guerra que fue como el eje central de la batalla, solicitado por el General Cañas como acto voluntario y ejecutado por el humilde tamborcillo de Alajuela como ofrenda de su ingenuo patriotismo fue atributo esencial de la victoria, piedra angular